



Viaggi di Pietro della Valle

Il Pellegrino

(1586 – 1652)

I.11.09 – Subida al Monte Sinaí.

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano. (1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 12-04-2024
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**11ª CARTA desde
EL CAIRO
25 de enero de 1616**

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



Centro Europeo
para la Difusión
de las Ciencias Sociales

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “IL PELLEGRINO”

Primera parte

E G I P T O



CARTA UNDÉCIMA

desde Egipto, a 25 de enero de 1616

I.11.09 – Subida al Monte Sinaí.



Ascenso al monte Sinaí.

Estampa de L. Haghe, basada en acuarelas del viaje de David Roberts a Tierra Santa. Londres, 1856

**11ª CARTA desde El Cairo
entrega I.11.09
Subida al monte Sinaí.**

En la entrega anterior (I.11.08) el Señor della Valle viaja por el desierto, recorriendo los lugares por los que dice pasaron los hebreos para atravesar el Mar Rojo; llega hasta el Monasterio de Santa Catalina, junto al Monte Sinaí, y se prepara para su ascenso.

“...En mi recorrido por el monasterio, entre otras cosas, pude visitar veintitrés capillas incrustadas entre las celdas, además de nueve o diez que se encuentran dentro de la iglesia, adonde fui después para asistir a su Oficio, en el que estuvieron presentes todos los religiosos; no convocados por el sonido de la campana, sino por el golpeteo de una especie de martillos sobre barras de madera y hierro, que emiten un sonido grato y armonioso, no muy diferente al del carrillón del Monasterio de Santa Catalina de *Funary*, que se puede escuchar desde la misma Roma...”

[I.11.09] “...El día de San Esteban decidí ir a la montaña, pero dado que el monte Horeb y el Sinaí forman un solo macizo, pues nacen juntos, por así decirlo, de una misma raíz que se transforma en dos cuando llega a lo más alto, y al ser imposible visitar ambas el mismo día, me decanté por ir primero al Monte Horeb, tan elevado como el otro, y a cuyos pies del lado oriental, en un desfiladero rodeado de murallas, fue construido el Monasterio [de Santa Catalina].

El Sr. Della Valle se dispone a subir al Horeb.

Emprendí camino con toda mi gente, guiado por un Caloyer¹; mientras tanto, unos cuantos religiosos se dirigieron por el otro lado de la montaña - el mismo camino que nosotros habíamos tomado para llegar al monasterio - a uno de sus conventos, el llamado de los Cuarenta Padres, con objeto de recibirnos en ese lugar al que debíamos llegar esa misma noche para pernoctar allí. Mas como ese convento de ordinario no lo habitaba nadie, se llevaron camas y otros enseres para poder pasar allí la noche lo más cómodamente posible.

Empecé el ascenso al monte Horeb por la cara que da a poniente, y cuando alcancé su cima me extrañó haber invertido un día entero para ascender y descender de allí, pues me había parecido que esa cumbre no era más alta que la de Santa María del Perpetuo Socorro, en *Capri*; pero debo reconocer que me equivoqué de medio a medio, porque lo que yo vi en primer lugar no se trataba de la cima, sino del pie de la montaña, o más bien de otro macizo. En efecto, hay cinco o seis montes bastante altos, encajados unos sobre otros, y a cuyos pies no se puede divisar más que el más bajo, quedando los demás ocultos a la vista a causa de su grosor y de la altura de las

¹ **caloyer, caloyère.**- (griego kalogeros, anciano). 1. Monje griego, monje de la orden de San Basilio. 2. En general, monje o religioso de la Iglesia de Oriente.

<https://www.larousse.fr/dictionnaires/francais/caloyer/12435#:~:text=1.,!%C3%89glise%20d'Orient> (17-01-2023).

primeras cumbres que, al formar una suerte de muralla, hacen invisibles a las más elevadas.

Por cierto, si alguna vez habéis visto, bien en los escritos de Belonio, o en otros, que el monte Horeb está junto al Sinaí, ambos representados en imágenes con muchas peculiaridades, tales como el monasterio y cosas parecidas, os aseguro que no son más que bagatelas, y ya podéis iros burlando de todo eso, y proclamar bien alto que el pintor que lo haya reproducido es un torpe y no ha entendido nada de nada de lo que ha visto, o bien que lo ha pintado siguiendo las instrucciones de alguien, sin haber estado jamás allí; ya que es imposible representar, no solo estas dos montañas juntas, sino que incluso es imposible pintar la del Horeb de una sola vez, y que el monasterio y todo lo demás no son más que cosas sin importancia.

Yo llevaba conmigo a un pintor, y si se hubiera podido realizar esa pintura, le habría mandado que la hiciera; pero reconocí su imposibilidad. No obstante, la altura del lugar, así como la dificultad del camino no me hicieron perder en ningún momento el ánimo, y a pesar de todos esos obstáculos que se presentaban ante mí, me decidí ascender hasta la cima, al disfrutar de uno de los días más hermosos que se pudieran

Su exacta descripción del lugar.

desear. Después de haber recorrido un pequeño trecho, me encontré entre las rocas una fuente de agua viva, deliciosa y agradable al gusto, y posiblemente no tan antigua como ese lugar. Se la conoce como El manantial del cordelero, por uno de ese oficio que fue quien la halló no hace mucho tiempo. Un poco más arriba, vi una capilla dedicada a la Virgen, construida en la antigüedad, y en donde dicen que nuestro Señor se apareció a unos religiosos que iban todos los días a orar a la cima de esta montaña, en donde hallé las entradas, mencionadas por Belonio, a esas estrechas celdas con unas puertas de pequeñas arcadas que permanecían cerradas.

Cuando habría recorrido aproximadamente la tercera parte del camino, comencé a tropezarme con la nieve, aunque poca, pues en ese momento la temperatura era bastante suave, y hacía ya varias semanas que no había vuelto a nevar. Me serví de esa nieve para beber durante mi peregrinaje y refrescarme mientras anduve haciendo este recorrido; además, me serví de la nieve más blanca y pura para acompañarla con un poco de biscote que encontré delicioso.

El camino era muy angosto.

Pronto llegué hasta una explanada, en donde contemplé cuatro pequeñas iglesias o capillas; una, dedicada a San Jorge, y otras tres, de las cuales, la primera estaba bajo la advocación de Santa Marina, la segunda a San Eliseo, y la tercera a San Helio, tras cuyo altar había una pequeña gruta en la que solo cabía una persona, y en la

Fabulosa historia de una piedra de la capilla de San Helio.

que dicen que Helio permaneció escondido, cuando para sustraerse de la persecución de Jezabel estuvo ayunando en esa grieta de la montaña durante cuarenta días. Un poco más arriba se aprecia una gran losa inclinada y perforada, que los ignorantes y simples dicen que fue tallada por

un ángel, cuando se apareció a Helio mientras intentaba subir a la cima de esta montaña, y que de ese modo le señaló aquel paso, prohibiéndole ir por cualquier otro; pero esta historia no se encuentra en las Sagradas Escrituras.

Cuando ascendimos aún más, por fin llegamos, no sin dificultad, hasta la misma cima, en donde Dios entregó la Ley [las Tablas de la Ley] a Moisés. Allí se puede ver una piedra, sobre la que parece que se hubieran grabado muy profundamente todos los miembros del cuerpo humano, en forma de sarcófago. Se dice que es la misma en la que se refugió Moisés, y debajo de la que se ocultó para poder resistir el esplendor y la majestad de la gloria de Dios, que cubría esta montaña, y que por un milagro esta piedra ha conservado esa forma, como si fuera un molde del cuerpo de un Moisés aterrizado y espantado, tal y como se menciona en las Sagradas Escrituras: “... *Ponam te in foramine petra*¹...”. Sobre esa misma roca han construido una pequeña iglesia llamada *Agia Corsi*, es decir de la “Santa cima”, en donde curiosamente, y para nuestra perplejidad, hay también una mezquita venerada por turcos y moros, a la que acuden a veces para elevar allí sus plegarias.

Huella del cuerpo de Moisés sobre otra piedra.

Una vez vistas todas estas cosas, y en particular la cima del vecino monte Sinaí, que estaba toda cubierta de nieve, y mucho más alta que la del Horeb, en donde me encontraba, regresé por el mismo camino por el que había venido, hasta la iglesia de San Helio, pero enseguida descendí por el otro lado de la montaña, el que da a poniente, para llegar al Monasterio de los Cuarenta Padres, del que ya os he hablado con anterioridad, y que está situado en un valle muy profundo y estrecho, entre el Horeb y el Sinaí. Llegué un poco tarde, pero le aseguro que me fatigó mucho más el descenso de esta montaña, que su ascenso.

El mal tiempo no hizo desistir al Sr. Della Valle de subir a esta montaña.

Los religiosos me aseguraron que subir al Sinaí con nieve era extremadamente difícil, y como todos los pronósticos daban a que esa noche nevaría; era tal la pasión que me embargaba por subir allí, y tal el mal humor por el pronóstico de ese temporal, que esa noche me fue imposible pegar ojo, y lo que más me molestó fue que cuando me levanté muy temprano a la mañana siguiente, vi que todo estaba cubierto de nieve, y que sin duda seguiría nevando.

Los religiosos que me acompañaban, y que me habían servido de guías durante todo el trayecto, me dijeron claramente que se volvían a su monasterio, y que no subirían conmigo a esa montaña; mi gente estaba asustada; unos decían que arriba nos encontraríamos con tal cantidad de nieve que pereceríamos sepultados en ella; otros, que el camino estaría cubierto y no lo hallaríamos jamás, con lo que no llegaríamos nunca, pudiendo incluso despeñarnos por cualquier precipicio; también

¹ *Cumque transibit gloria mea ponam te in foramine petrae et protegam dextera mea donec transea*: “sucederá que cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado”.

había quienes alegaban que seguramente nos sorprendería por allí la noche, con lo que nos resultaría imposible descender, o bien que la nieve aumentaría de tal modo que nos resultaría imposible regresar por donde habíamos venido, con lo que quedaríamos expuestos a morir allí arriba de frío y de hambre. Otro más se quejaba de lo difícil del camino; de que podríamos resbalar –decía- y caer por alguna sima de la que jamás podrían rescatarnos.

En cuanto a Tomasino, puedo aseguraros que no se amedrentaba por nada, y se apresuró a acompañarme voluntariamente; no obstante, yo no sabía qué hacer.

El Sr. Della Valle dispensa generosamente a toda su gente de acompañarle.

Finalmente, como no podía soportar que el mal tiempo y un poco de nieve se opusieran a mis deseos, les dije que, si encontraban algún árabe con bastante valor como para acompañarme y mostrarme el camino, yo me iría sin ellos, y que los que tuvieran miedo, podrían permanecer allí. En principio, toda mi gente, al verme tan resuelto a continuar, me siguieron, uniéndose a nosotros un religioso de la congregación, llamado Manasés, un hombre cuyo buen humor me complacía. Contraté a dos árabes que llevaron nuestras provisiones y unos cuantos bastones para defendernos en el camino si se presentara la ocasión, ya que no llevábamos arma alguna, ni siquiera el joven monje y los demás, que habían comenzado este peregrinaje, pues dejamos a Lorenzo en el Monasterio para que nos preparara la comida a nuestro regreso. Una vez bien abrigado con mi sotana, que siempre he llevado puesta en Palestina, junto con un pequeño bastón que había cogido del árbol de la Vara de Moisés, me dispuse a seguir como buenamente pude a este religioso, que corría como un gamo por estas montañas, a la cabeza de todos nosotros.

Dificultades de la ruta.

Atravesamos los primeros macizos rocosos con el único inconveniente de tan solo algo de lluvia, pero a medida que íbamos ascendiendo, el camino se hizo más trabajoso, porque poco a poco fuimos adentrándonos en la nieve, que a veces nos llegaba hasta las rodillas, e incluso hasta el vientre; de modo que todo esto, junto con la nevada que caía y una ventisca que nos cegaba, hacía casi imposible avanzar por el camino. Por fin, llegamos más arriba, entre picos helados y por rutas tan difíciles, que no se pueden llamar sendas, sino lugares inaccesibles y de rocas tan escarpadas que, incluso con buen tiempo, cuando no está todo nevado, solo se puede avanzar arrastrándose y sin poder usar las manos.

Describe el temor de su gente.

A decir verdad, ese fue un viaje de desesperados. Mi trujimán me hacía morir de risa. El miedo que se le había metido en el cuerpo le inspiró una divertida reflexión cuando pensó que nunca regresaría de este viaje, de suerte que maldecía de todo corazón a este religioso que nos había llevado, como él decía, a perecer tan desgraciadamente, insultándose a sí mismo por haber estado tan ciego como para embarcarse en tal aventura. En otros momentos, nuestro trujimán se encomendaba a Dios y a Santa Catalina, y hacía examen de conciencia de su vida pasada, prometiendo no volver a comer carne los lunes, y votos parecidos, que me

proporcionaron una increíble diversión. El pintor, en cambio, no decía lo que pensaba, porque presumía de valiente, aunque cada vez que daba un mal paso, gruñía y murmuraba entre dientes. Tomasino se lo tomaba apaciblemente, y en mi opinión no aprecié en ningún momento por sus gestos que le faltara valor. Pero por encima de todos los demás, Fray Manasés nos superaba en arrojo infinitamente; les fue animando cuanto podía, diciendo que estando como estábamos bajo la protección de la Virgen y de Santa Catalina no había nada que temer. Sin embargo, mi gente protestaba continuamente, por el peligro de caer sobre unas rocas, ocultas bajo la nieve, que habrían podido herirles; o bien, en donde la nieve se había convertido en hielo, resbalar monte abajo, algo que no habrían deseado. Mi religioso, acostumbrado a estos caminos de cabras, iba con paso seguro, llevándome de la mano, que no me soltó, hasta llegar a la cima, y que me retuvo durante todo el regreso y no me dejó hasta que no terminé el descenso; sin cuya ayuda creo que ahora no me encontraría aquí.

El pasaje más difícil de franquear fue el de la cumbre más alta, en donde la montaña resulta tan escarpada, que hubo que servirse de una cuerda para pasar de una roca a otra, y lo peor era que todos los salientes en que sujetábamos los pies estaban helados, y eran tan pequeños que apenas podíamos mantenernos sobre ellos, y de haber perdido pie es seguro que nos habríamos despeñado. Pero, a pesar de todas estas dificultades, fuimos hasta allí, y hacia el mediodía, por la gracia de Dios, llegamos a la pequeña capilla que se halla sobre la cima del monte Sinaí, adonde los ángeles llevaron el cuerpo de Santa Catalina que velaron durante un tiempo, y en donde nosotros hicimos nuestras oraciones. La piedra en la que tendieron a la santa estaba milagrosamente ahuecada, y en el mismo lugar en el que reposó, se veía la forma de un cuerpo; además, hay tres marcas alrededor de esta Piedra; dos a ambos lados de la cabeza, y el otro, a los pies, que pusieron allí los ángeles que la custodiaron, según dice la gente más devota y religiosa, todo esto se puede ver en el cuerpo mismo de la piedra, y es evidente que no ha sido tallado, dado que su dureza es tal que ni con varios golpes de un martillo de acero fue imposible poder romper ni un pequeño fragmento.

Descripción de los caminos del monte Sinaí.

Piedra milagrosa que tiene la impronta del cuerpo de Santa Catalina.

Pero si hay algo de lo que extrañarse en el monte Sinaí es que todas sus piedras están recorridas por unas venas negras con forma de árbol, y que usted habrá podido ver también en Italia, sobre los fragmentos de esta misma piedra que algunas veces llevan los monjes griegos.

El Sr. Della Valle reza en ese lugar.

Después de cumplir con mis devociones, comimos un poco. Con prisa y sin perder tiempo, temeroso de que nos sorprendiera la noche en el camino, emprendimos la marcha hacia nuestro monasterio, en el que habíamos pasado la noche; pero os puedo asegurar que el descenso fue mucho más trabajoso, y que el peligro al que nos expusimos durante el mismo, fue mucho mayor

*Desciende del
monte Sinai.*

que el que corrimos durante el ascenso. Apenas podíamos sostenernos en pie, y yo tropecé una vez, cayendo sentado sobre una pequeña fosa llena de agua, y con las piernas al aire sobre un precipicio. En efecto, tuve que valerme de toda mi destreza para no quedarme en esa santa montaña, y sucedió justamente lo que yo había pronosticado mientras ascendíamos.

- Vamos; vamos sólo hasta allí, hasta lo más alto –les decía yo–, que luego ya nos pararemos a pensar cómo hacemos para bajar, y cómo encontrar el camino.

Una vez que ascendimos a esta primera cumbre, desde donde dicen que se puede ver el Mar Rojo y el Mediterráneo, y que el mal tiempo no nos permitió apreciar, ocultándonos incluso los objetos que estaban a cuatro pasos de nosotros; el resto fue bastante más sencillo, porque volvimos sobre nuestras propias huellas, que la nieve no había cubierto, y como los copos no dejaban de caer, pues no se congelaba, con lo que nos dejábamos deslizar por los lugares más rápidos, con las piernas por delante y la cabeza detrás, de tal modo que así descendimos a una velocidad increíble, haciendo a veces un deslizamiento de 10 o 12 toesas de largo sin levantar los pies.

Lo peor que podía sucedernos era caer sobre las posaderas en la nieve, algo imposible de lo que librarse; pero no podíamos perdernos, porque éramos numerosos, y no nos íbamos al suelo todos a la vez, pues cuando alguno caía, los otros le ayudaban a levantarse.

*Describe el
accidente que le
sobrevino.*

Esta forma de descender nos resultó sumamente grata y rápida, pero me dejaron los zapatos en tal estado, que uno de ellos se me salía del pie, sin poder hacer nada para arreglarlo; de suerte que solo podía llevarlo calzado arrastrándolo, ya que me hubiera resultado imposible continuar el camino descalzo sobre esas piedras. Este incidente me molestó mucho a causa de los guijarros, y cuando llegamos a las montañas más bajas, en donde ya no había nieve, si no hubiera sido por el hermano Manasés, que me seguía llevando de la mano, jamás habría conseguido llegar esa misma tarde a nuestro refugio; pero gracias a su buen hacer, arribamos allí poco antes de caer la noche. De hecho, en cuanto lo divisamos comenzamos a gritar desde lejos que fueran encendiendo una buena fogata para desnudarnos y cambiarnos de ropa ante ella; pues íbamos mojados por dentro y por fuera.

Yo me fui a acostar, y cené estupendamente ya en la cama; aunque antes, el hermano Manasés me hizo tragar una cucharada llena de agua caliente con azúcar, afirmándome que ese remedio era excelente para prevenir los catarros. Él mismo tomó otra cucharada junto con Tomasino, y desde luego que fue efectivo, ya que no me resfrié, a pesar de que acabé ese día muy exhausto.

A la mañana siguiente regresamos al monasterio por el camino del valle y la llanura, y aunque podíamos disponer de monturas, yo preferí recorrer a pie el desfiladero que se extiende entre el monte Horeb y el Sinaí. A los pies del Horeb vi

Roca que, por mandato de Moisés, dio agua a los hebreos.

una roca desprendida, como la basa de una columna, la que proporcionó a los hebreos agua en abundancia cuando Moisés así se lo ordenó. Belonio dice que él estuvo allí, dejando una descripción de la misma, pero yo tengo mis dudas respecto a que la haya examinado con detalle, porque él habla de una pequeña corriente de agua, que aún se puede ver discurrir cerca, pero que no tiene nada en común con esta roca. De ahí la duda de si esa que se ve hoy en día sea la fuente milagrosa mencionada en el capítulo XVII del Éxodo¹, o bien otra que hay un poco más arriba en la montaña, de la que nace ese mismo arroyuelo: de todos modos nada dice acerca de las marcas que aparecen sobre esta piedra milagrosa, casi como las cicatrices de un cuerpo, las bocas por donde manó el agua en el momento del milagro, y que desde luego son dignas de tener en consideración. Se pueden ver en tres lugares distintos: a saber: por delante, la que mira hacia el monte Sinaí, por detrás, la que da al monte Horeb, al que pertenece, y luego, por arriba, apuntando al cielo. Pero, a decir verdad, tengo mis buenas dudas sobre si esta roca es la del milagro de Moisés, aunque no me parece conveniente exponeros aquí mis razones para evitar una digresión demasiado larga; aparte de que ahora no es el momento adecuado para hablar de todo esto; puede que, en mejor ocasión, os haga confidente de mis sentimientos a este respecto.

Al fin, cuando salimos de este valle, por una gran llanura que se extendía entre ambas montañas, vi el foso, o más bien la concavidad entre unas piedras, en donde

Lugar en el que se fundió el becerro de oro que adoraron los israelíes.

se fundió y adoró el becerro de oro; la montaña en la que Aarón celebró el sacrificio de Pascua; el sitio en el que Moisés alzó sus plegarias, elevando las manos al cielo, mientras su pueblo combatía contra los amalecitas². Desde allí, volviendo hacia el mediodía por un valle muy estrecho, el mismo por el que habíamos venido cuando llegamos desde El Cairo, regresé al Monasterio; aunque antes me mostraron en ese mismo sitio, una piedra elevada sobre el terreno, al pie del monte Horeb, del que forma parte, y sobre ella, medio borrada y rota, se puede ver grabada una inscripción en grandes caracteres, cuyo significado se

Piedra milagrosa del tiempo de Jeremías.

desconoce hasta el momento. Los religiosos me dijeron que, según su tradición, el Profeta Jeremías la habría escrito allí, y que nadie había conseguido interpretarla, aunque pensaban que con esa inscripción Jeremías había pretendido conservar el recuerdo de este lugar, en el que habría ocultado el Arca y el Tabernáculo, junto con otros objetos sagrados, en el momento de la transmigración. Aunque las Sagradas Escrituras afirman que estos hechos de Jeremías no sucedieron en el monte Horeb, sino en los confines de *Moab*, hacia *Jericó*, sobre el monte en el que Moisés, tras haber visto el legado de Dios,

¹ <https://www.bibliacatolica.com.br/es/la-biblia-de-jerusalen/exodo/17/> (24-01-2023).

² <https://es.wikipedia.org/wiki/Amalecitas> (24-01-2023).

murió. También estos buenos frailes me mostraron otras, que no consiguieron explicarme, ya que en realidad no lo saben a ciencia cierta, y yo no hice copia de esas inscripciones, al considerar que todo lo que me habían mostrado tan solo era parte de una tradición apócrifa.

Contradicciones sobre la inscripción achacada a Jeremías.

Con todo, tras enterarme de que San Epifanio aseguraba hace mucho tiempo que esos escritos eran verdaderos, y que Jeremías había marcado con el dedo el nombre de Dios sobre una piedra, en caracteres desconocidos, y que las incisiones se habían conservado milagrosamente, habiéndolas cincelado él mismo sobre esta piedra con el dedo, y que puede que esas marcas sean algunos huecos que se ven más profundos que las letras, del grosor del dedo de un hombre, y que de una parte, conforme dice el texto sagrado, que esto pasó hacia la Montaña en la que murió Moisés, y de otra, se asegura que esta piedra en cuestión escrita y sellada por Jeremías está en el desierto, en donde el Arca fue construida, justo al pie del Monte Horeb y el Sinaí, en donde me la mostraron los religiosos, y al encontrarse estos dos lugares situados tan lejos el uno del otro, y al no recordar que las Sagradas Escrituras mencionen en ningún momento que Jeremías haya estado nunca ni en el monte Horeb, ni en el Sinaí, puedo asegurarnos que, a pesar de todas estas contradicciones, me he arrepentido de no haber hecho una copia de los caracteres que se ven sobre esa piedra, sean lo que sean; así como de otros muy antiguos que se pueden ver aún grabados sobre rocas parecidas, en diversos lugares de estos desiertos. Yo no las he visto, pero creo que los hebreos las grabaron en los tiempos en los que vivían ociosos. Y os aseguro que los que las han visto me han dicho que esta escritura todavía nos es desconocida, y que nadie la ha podido descifrar.

Los monjes abren para el Sr. Della Valle el sarcófago de Santa Catalina.

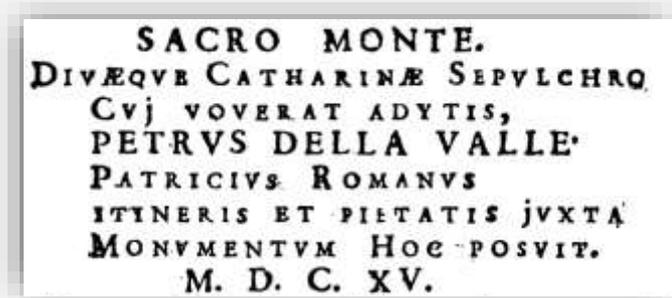
Llegamos al Monasterio casi a la hora de cenar, y ya próxima la noche, una vez que los religiosos hubieron acabado los Oficios, a los que yo asistí, me mostraron el cuerpo de Santa Catalina y me abrieron el sarcófago de mármol en el que se conserva.

El Sr. Della Valle deja allí muestras de su piedad.

Rezamos ante estas Santas Reliquias, y como muestra de piedad, las rozamos con nuestros rosarios, y cantidad de pequeños anillos que dejan allí los devotos, para honrar a la Santa, y de los que yo me había provisto para regalar a todos mis amigos. Creo que traje más de quinientos huesos de caballitos de mar para la gente del pueblo, y una buena cantidad de oro y de plata para los notables, tanto de este país, como de Italia, con el nombre grabado de aquellos a los que se los había destinado, con objeto de dejar mi testimonio y recuerdo que yo había conservado de estos apartados lugares.

Besamos varias veces la cabeza de esta gran santa, y su mano izquierda, que aún se aprecia incorrupta, con los dedos, la carne y las uñas: y sobre el sarcófago dejé mi

placa votiva, con esta inscripción¹ que V.S. me facilitó en latín, y que he querido que figure en esta relación.



Puedo afirmaros que me fui de allí embargado de admiración al contemplar con cuánto respeto y veneración conservan estos religiosos ese Santo Cuerpo, y con cuánta piedad y devoción lo muestran; cantando sus himnos, con infinitas reverencias y prosternaciones a la manera del rito griego, algo que creo ya os he comentado en otra ocasión, y sobre lo que voy callar ya para no importunaros más.

El Sr. Della Valle abandona el Monte Sinai para regresar a El Cairo.

Cuando cumplí con nuestras devociones, a la mañana siguiente, me despedí de los religiosos. Era el 29 de diciembre, y después de cenar partí del monasterio por otro camino diferente al que había tomado desde El Cairo, entre unas montañas a poniente, sobre las que se extiende un valle, en verdad muy pequeño pero hermoso y, aunque estéril y pedregoso, se veían en los pocos lugares en los que había agua, bastantes árboles y juncales, arbustos de goma arábica y palmeras, bajo las que se podían apreciar muchas chozas de los árabes que construyen a modo de cabañas, rodeadas de muretes de piedra, en donde viven como en una casa...”



Próxima entrega: I.10.09 – Sobre el Mar Rojo, Suez y un navío de las Indias.

¹ “En el Monte Sagrado, en el sepulcro de la Divina Catalina, a quien él (Pietro Della Valle) había mostrado devoción en los lugares más sagrados, Pietro Della Valle, patricio romano, tanto por viaje, como por piedad, puso este memorial. 1615.”

